

EL CATOLICISMO.

Moralidad del cura.

«Nemini dantes ullam offensionem ut non ritupretur ministerium nostrum.» Ad Cor. II. cap. VI. v. 3.

No demos a nadie ocasion de escándalo porque no sea vituperado nuestro ministerio.

Es cosa demostrada por la esperiencia i reconocida por los políticos mas profundos, que de nada sirven las buenas leyes cuando los hombres que las han de ejecutar a los que las han de obedecer son malos. I tambien es cierto que si todos los hombres fueran perfectamente moralizados i justos no se necesitarian leyes para gobernarlos, porque cuando la conciencia está bien dilijida i ejerce todo su imperio sobre el individuo, este no puede ménos que ser un hombre de bien.

Una República, pues, compuesta en su totalidad de pueblos nacidos i educados en la lei evangélica, que es lo mas sublime que se conoce en moral, debe ser feliz, si las máximas i preceptos de esta lei son bien observados. Los Pastores de la Iglesia son los maestros de esta moral i los directores de las conciencias. Por consiguiente, si son lo que deben ser, no hai duda que los pueblos serán buenos, i, siendo buenos, serán felices en sus destinos temporales i en sus destinos eternos; porque la Religión cristiana tiene este doble carácter, admirable para Montesquieu. (1)

Nuestros pueblos son emiaentemente relijiosos; no necesitan sino de doctrina i ejemplo; los párrocos tienen esta mision i de aqui se deduce cuanto importa que estos sean buenos. ¿Quién no los deseará tales?

Este deseo, el convencimiento en que estamos de que nuestros pueblos son dociles a la voz de la Religión cuando sus Ministros se la dirijen acompañada del ejemplo, es lo que nos mueve a escribir en este espíritu, confiados en que nuestras palabras no serán desatendidas, porque estas doctrinas no son nuestras sino de Aquel que es maestro i Señor de todos: *mea doctrina non est mea.* (2) «i para que, como dice San Pablo, tengamos una vida quieta i tranquila en toda piedad i honestidad.» (3)

Es, pues, preciso, que aquellos que han sido llamados al ministerio pastoral enseñen con su palabra i edifiquen con su ejemplo. Hé aqui los dos ejes sobre que gira todo el ministerio de un cura. Es cosa cierta que un cura casto, sobrio, caritativo, desinteresado i prudente, puede dominar por medio de la virtud aun sobre aquellos espíritus rebeldes i relajados que odian la Religión porque no pueden sufrir la sana doctrina de nuestro Señor Jesucristo. En el Evangelio de San Marcos encontramos un ejemplo de esta verdad. Nos dice el Evangelista que Herodes respetaba al Bautista, aunque le reprendia sus vicios; que le oía de buena gana, i que por su consejo hacia muchas cosas. (4) Tal es el ascendiente de la virtud! I si a la virtud se agrega la ciencia, como lo quiere el Apóstol, entónces se hacen prodijios. Aqui deberiamos encarecer al clero esta parte tan i interesante del ministerio, mas nos reservamos tratar este punto en artículo separado.

¿Qué desgraciado es el pueblo que tiene un pastor mercenario! pero aun mas desgraciado el mercenario! ¿Que podrá ser un pueblo, un vecindario que observa en el sacerdote que lo dirige i enseña, no al apóstol sino al hombre mundano, relajado i libre que se familiariza con las mujeres en las tertulias i en los bailes i con los tabares en las mesas de juego; que viste como un galán i que en su casa anda el lujo insinuándose por todas partes! No hablaremos aqui de aquellos cínicos desvergonzados que con el mas alto desprecio de las leyes canónicas i de sus Prelados, viven a la faz del mundo, no solo de su curato, escandalizando con una vida silarita i al lado la concubina rodeada de hijos. Apartemos la vista de estas escenas de escándalo con que hombres, sin vocacion, a quienes mejor les fuera no haber nacido, han corrompido la moral de muchos pueblos, en vez de cultivarla. Pero, gracias a la reforma constitucional que ha separado la Iglesia del Estado, ya no veremos entregados esos pueblos que hacen parte del rebaño de

Jesucristo, en manos de lobos que los devoren, en vez de pastores que los apacienten, porque ya los Prelados no tienen que temer que el gobierno civil embaraze la accion de su autoridad favoreciendo a esos Judas que, contratando con los Majistrados vendian a su maestro, cada vez que era necesario i conviniera a sus intereses: No, ya los curatos no están destinados para premiar clérigos chispeños, corrompidos agentes de partidos políticos, a despecho de los Obispos i de los cánones: Por fortuna hoy día el clero es otra cosa; i esa clase de remanentes escandalosos son raros. De algun tiempo a esta parte el clero se ha santificado, se ha ilustrado. ¡Gracias a los trabajos del gran Prelado que por diez i ocho años gobernó la Iglesia granadina! Sus trabajos no fueron perdidos ni sus planteles infameados. El clero que se levanta en tiempos de persecucion i que se educa lidiando con los enemigos de Dios, ese clero es sin duda, el que está destinado para dar ejemplo de santidad i zelo, i a este clero es al que hoy nos dirijimos, para que continúe por el camino de los Apóstoles, enseñando i practicando el Evangelio, i no como los fariseos que dicen i no hacen i ponen cargas sobre los hombros de los demas cuando ellos no quieren ni tocarlas con el dedo. (5)

I el cura escandaloso ¿podrá reprender los vicios, podrá enseñar las virtudes? No; porque el mas idiota de su pueblo podrá decirle, «médico curate a ti mismo.» ¿Qué podrá esperarse de la predicacion de un cura que se sube al pulpito a reprender i a atear en los otros lo que él mismo no deja de hacer! ¿Qué ha de poderse esperar sino la incredulidad de las jentes i que el nombre de la Religión sea aborrecido! San Pablo es quien lo dice: oigaselo. «Tú pues, que a otros enseñas no te enseñas a ti mismo: tú que predicas que no se ha de hurtar, hurtas: tú que dices que no se haga adulterio, lo cometes: tú que abominas los ídolos, los adoras sacrilegamente: tú que te glorias en la lei deshonoras a Dios quebrantando la lei porque el nombre de Dios por vosotros es blasfemado: (6) Si, el nombre de Cristo muchas veces es blasfemado por odio a sus ministros, i este odio a sus ministros lo acarreañ los sacerdotes relajados. Dos daños gravísimos resultan en los pueblos, por causa de la relajacion de los curas que predicán la lei de Dios para el pueblo mientras que ellos la están infijando: 1.º que el pueblo en lugar de ser adoctrinado es corrompido, porque no vivirá según lo que le oye al cura, sino según lo que le ve hacer; i siguiendolo por el camino de la corrupcion, se precipitara con él: *cum pastor per abrupta graditur consequens est ad precipitium grex feratur;* dice San Gregorio! 2.º que el pueblo pierde la fé, por que de la mala conducta del cura, de esa conducta contradictoria entre las palabras i las obras, las jentes poco instruidas sacan argumentos contra las verdades de la Religión, pues dicen: ¿Cómo ha de ser cierto todo eso que se nos predica sobre la gravedad del pecado i sobre las penas eternas cuando el mismo que esto nos enseña, no teme i vive a sus anchuras! Esta es la logica del vulgo a quien conviene mas lo que se le entra por los ojos, que lo que le entra por los oidos. I los escritores impios que han conocido esto no ha dejado perder la ocasion cultivando este mal sentido que confunde al ministro relajado con la misma Religión que lo condena. Ellos han explotado i no dejan de explotar esta mina en perjuicio de la Religión para probar que toda ella ha sido una invencion de los sacerdotes para dominar al pueblo ignorante. Este sofisma, tomado como argumento de hecho por las jentes poco instruidas, ha sido funestamente poderoso. ¡Ah si los sacerdotes meditaran bien sobre esto! Nosotros lo suplicamos así al clero granadino por interés de la Religión de Jesucristo i por su propio honor.

Si la incontinencia es tan mala en los sacerdotes, la avaricia no es menos. No permita Dios que entre nosotros haya hombres que abraçen el estado eclesiástico por negocio, porque esos son los simoníacos de que habla S. Pablo cuando dice, que están privados de la verdad creyendo que la piedad es una granjería (7). Porque los que quieren hacerse ricos, añade el mismo Apóstol, caen en tentacion i en lazo del Diablo i en muchos deseos inútiles i perniciosos que aniegan a los hombres en muerte i perdicion; *porque raíz de todos los malos es la avaricia.* I el Pri-

(1) Esprit des lois.
(2) Juan cap. VII. v. 16.
(3) Tím. I. C. II. v. 2.
(4) Cap. VI. v. 20.

39

(5) Mat. C. XXIII. v. 2. 3. i 4.
(6) Rom. cap. II.
(7) Tím. 2.º cap. IV.

Bogotá Junio 20 (1867) 21 Agosto 1868

21/5

cipe de los Apóstoles en el capítulo V. de su primera epístola, dice a los Pastores: «Apacenta la grei de Dios, que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino de grado i voluntad segun Dios; ni por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado.»

La avaricia de los sacerdotes ha traído siempre mil males a la Iglesia. Ahí está la historia eclesiástica diciéndolo principalmente en la parte que toca al siglo XVI sobre la pretendida reforma de Lutero. Ahí están los Concilios lamentando en sus decretos esa corrupción i en sus cánones castigándola con severísimas penas. Los predicantes de la reforma concitaron en muchos pueblos sencillos, el mayor odio contra la Iglesia católica mostrándoles la codicia de sus ministros. Esta lójica era terrible en aquel tiempo, aunque por otro lado, como decía Erasmo, toda la reforma iba desenlazándose como comedia, con casamientos de frailes i monjas.

Los falsos cristianos que, echándola de austeros, no han tratado mas que de acabar con la Iglesia católica matando de hambre a sus ministros, tambien han declamado furiosamente contra la riqueza del clero. No hai que confundir este zelo hipócrita con el de aquellos que no atacan sino la codicia de los ministros de la Religión: esta codicia, esta avaricia que pierde al clero, es lo que nosotros tambien reprobamos; sin que se crea que somos de los que no quieren que el clérigo tenga mas que una túnica i su bordón, i la Iglesia cálices de plomo i casullas de lana, como lo pretenden los que con mas hipocresía que buena fé, quieren ver, como Llorente, la Iglesia de Dios como en el primer siglo, cuando los cristianos estaban reducidos a una sola nacion i no estaban extendidos por todo el mundo, como ahora: cuando su caridad era tan grande que todos vendian sus posesiones para poner su precio a los pies de los Apóstoles que lo repartian entre todos i no habia alguno necesitado. Cuando los fieles de nuestros siglos sean como los de aquel, entonces no tendrán los ministros de Dios que apelar a otros recursos, como ahora. I cuando la Religión cristiana ha venido a ser la Religión de medio mundo, la Religión de los grandes potentados, la Religión de los sabios, es preciso que ella se presente a los ojos de la sociedad de una manera majestuosa e imponente, a fin de que esos grandes del mundo no la desprecien. De consiguiente, tambien sus ministros deben presentarse ante la sociedad con toda la decencia i decoro que es necesario para no caer en desprecio, porque los hombres las mas veces juzgan de las doctrinas por la traza del apóstol. Pero todo lo que dé aquí pase, es vicioso, es abusivo i reprobado en el eclesiástico, que si bien debe presentarse ante la sociedad con la decencia i decoro correspondiente al cargo o posición que ocupe, debe dar siempre ejemplo de frugalidad i de modestia. Cuando de estos términos se pasa, gastando lujo, viviendo entre placeres o bien en la miseria, pero sentados sobre los cofres de onzas i los bolsillos atestados de obligaciones, entonces es cuando en lugar de conciliarse el respeto, se acarrea el sacerdote el odio de todos: entonces es cuando le llueven las críticas i el sarcasmo, i ojalá que la maldición recayese solo sobre el sacerdote escandaloso; pero no es así, sino que ella los cobija a todos, i no para en esto, sino que se levanta hasta el cielo para culpar a la misma Religión por los abusos de sus ministros. Esto es lo que no queremos que suceda entre nosotros en adelante; i esto es lo que deben evitar los ministros de la Religión para no dar ocasion de escándalo i que por ello sea vituperado su ministerio, ni el nombre de Dios blasfemado entre las jentes por su causa (1).

Los curas no deben olvidar que son los padres espirituales de su pueblo: que son enviados de Jesucristo para enseñar i observar todas las cosas que él enseñó: «vosotros sois la sal de la tierra, les dice el Señor, vos estis sal terra, i si la sal se desvanece i con qué será salada? no vale ya para nada sino para ser echada fuera, i pisada por los hombres.» Este texto dice mucho: así que, no extrañen los sacerdotes relajados si hai hombres que quieran pisarlos. «Ved que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes i sencillos como palomas,» sigue diciéndoles Jesucristo. Esto está indicandome mui bien, lo delicado i penoso del ministerio pastoral. Palabras son estas que deben ser mui bien meditadas por los que hayan de abrazar el ministerio sacerdotal. Es preciso que los curas de almas no pierdan de vista que sus mies no están en los campos, sino en las

almas, i que su premio no está en los graneros sino en el cielo, *gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis*. Dignos de lástima son los pastores que, olvidándose de que son apóstoles de Jesucristo i cambiando como Esau sus destinos inmortales por un poco de comida, se entregan al tráfico i a los negocios. Es digno de oirse lo que sobre este punto dice el Padre Zamora en una de las meditaciones de ejercicios que trae en su obra de *El Eclesiástico perfecto*; allí pone en boca de un sacerdote negociante estas palabras: «Ahora, pues, siendo este punto tan velado en los sagrados cánones, i cómo me porto acerca de él? ¡Ai de mí, que se me extremece el cuerpo al acordarme solo de la ocupación que he tenido en los negocios temporales en que vivo! pues como si tener mucha hacienda me hiciera exento de esas leyes; vengo, en una palabra, a vestir, andar, tratar i comerciar como uno de los labradores seglares de mi pueblo, i qué digo? como un seglar? mejor diré, si lo he de decir con propiedad, como un chalan; i si el rubor no me permite que lo diga así, habré de confesar al ménos que soi como el labrador mas codicioso que hai en el lugar ¡Ai de mí! i cómo me conocerán a mí por clérigo los que me vean andar continuamente por los campos atravesando a caballo, gritando al gañan que no profundiza la tierra cuando ara o cava, dando voces al criado que deja correr en mis potreros el ganado ajeno, e instando sobre el segador que no recoja bien las espigas? ¿Cómo me reverenciara por sacerdote el que me vea atezado con el sol de agosto, afanado en la era de continuo, riñendo con el que arrea, gruñendo con los trilladores i arreando a los que limpian? ¡Qué juicio hará de mí quien solo me oiga en las conversaciones, lamentos si no llueve, cuidadosos si hiela, si vale o no vele el trigo, tratar de compras i ventas de ganado, de ferias, de mercados?» ¡Ojala que entre nosotros no encuentre San Pablo sacerdote a quien decirle: *Nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus*. (1)

Pero nosotros observamos con satisfacción que la mayoría de nuestro clero da cada dia mas pruebas, de moralidad i virtud. Ya no aparecen ciertos escándalos que por desgracia antes no eran mui raros. Ya en las grandes reuniones de clérigos que se presentan en la capital cuando hai concurso, no se oye hablar en ellas de los curatos como se habla de las haciendas, por sus productos, por sus comodidades ect. porque en verdad, el mejor curato para un sacerdote apostólico, es aquel en que mas dificultades i contradicciones haya que vencer i mas ignorantes que enseñar. Allí, como en un terreno inculto, tendrá el mérito de trabajar mas en la viña del Señor. No ignoramos que en muchas partes hai hombres discolos, pleitistas i quiza enemigos del clero; pero de estos se triunfa con la paciencia, con la caridad i con el ejemplo de una vida santa i de una conducta desinteresada. I si no se puede vencer con estas armas i dánt que padecer, deben tenerse presentes estas palabras de San Pablo: «I en nada os espanteis de vuestros adversarios, lo cual a ellos es motivo de perdición i a vosotros os es dado por Cristo no tan solo que creais en él, sino que padezcáis tambien por él» (2) Por este texto del Apóstol deben conocer los que pasan trabajos por causa del ministerio, cuan grande don es el de padecer por Cristo. Por eso el mismo Apóstol se gloriaba de sus prisiones. ¡Qué sacerdote habrá que no se encienda en amor de padecer por Cristo al oír decir a San Pablo: «Hasta esta hora padecemos hambre i sed; i andamos desnudos i somos abofetados; i no tenemos morada segura. I trabajamos obrando por nuestras propias manos: nos maldicen i bendecimos: nos persiguen i lo sufrimos: somos blasfemados i rogamos. Hemos llegado a ser como las basuras de este mundo, como la escoria de todos hasta ahora. No os escribo esto por avergonzaros, mas os amonesto como a hijos mios mui amados; porque aunque tengais diez mil ayos en Jesucristo, mas no muchos padres, porque yo soi el que os he enseñado en Jesucristo por el Evangelio. Por tanto, os ruego que seais mis imitadores, como tambien yo lo soi de Cristo.» En el capítulo XI de la 2.ª Epístola a los Corintios el Apóstol hace una larga enumeración de sus persecuciones, trabajos i martirios; lo mismo a los Filipenses gloríandose siempre en la cruz de Cristo. De la misma manera escribe a Timoteo: «Por que ya yo estoi

(1) Rom. cap. II.

(1) Tim. II. C. 2. v. 4.

(2) Philip.

a punto de ser sacrificado, le dice, i cerca está el tiempo de mi muerte. Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera: he guardado la fé. Por lo demas me esta reservada la corona de justicia que el Señor justo juez me dará en aquel dia; i no solo a mí sino tambien a aquellos que lo esperan en el último dia.» (1)

Oh! qué ejemplo i qué palabras estas para un clero como el de la Nueva Granada, que ya ha empezado a sufrir con gloria por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. «Acordaos les dice a sus ministros, acordaos que el discípulo no es mas que su maestro; i si a mí me persiguieron tambien os perseguirán a vosotros; pero sabed que vuestro galardón es grande en el reino de los cielos: quien a vosotros oye a mí oye, i a quien a vosotros desprecia a mí desprecia.»

Si los curas de almas se penetran bien de la importancia de su ministerio, i como ya lo estamos viendo, i esperamos verlo cada dia mas, se portar como verdaderos apóstoles de Jesucristo, deben esperar mucho fruto i tener gran confianza en las promesas de su Divino Maestro. Pero es preciso que vele cada uno sobre sí mismo para no caer en los lazos del Diablo; i sobre todo, es preciso que estén muy prevenidos para evitar toda avaricia, porque el interés del dinero se presenta siempre con muy decentes atavíos; no es como el vicio de la lascivia que para con los sacerdotes no tiene modo de disfrazarse. Porque la codicia encuentra mil pretextos plausibles para formarse en los eclesiásticos conciencias falsas que, empezando por poco, vienen a parar en la mas escandalosa avaricia.

El Dr. Ochoa cura del pueblo de Suba, hará siempre una de las glorias del clero granadino. Eclesiástico de eminente mérito por sus virtudes i por su ciencia, mereció que el Jeneral Bolívar quisiera proponerlo para ocupar la Silla episcopal de Bogotá; pero él lo rehusó, como habia rehusado otros cargos de utilidad i distinción. Nunca quiso oponerse a otro curato a pesar de ser Suba de los mas miserables; este fué el único que tuvo i jamas salia de allí; jamas pernoctó fuera de él. Mantenía el culto de su iglesia con la mayor decencia; en su casa i en su traje era pobre, pero decente. Sus ahorros despues de los gastos de su iglesia, los invertia en los pobres indios. Cuando estos perdian sus cosechas, los habilitaba con semillas, i a los que eran muy pobres les daba lienzo para camisas i ruanas, de cuyos artículos siempre estaba provisto al efecto. En su pueblo no habia contiendas ni divisiones; no habia el vicio del aguardiente; pero todo esto lo conseguia el Dr. Ochoa con suma prudencia. El caso siguiente lo explica bien. Cuando se remataron los aguardientes fueron estanquilleros a poner venta en todos los pueblos. Uno fué a Suba i el domingo se presentó al Dr. Ochoa, manifestándole su diligencia. El Dr. Ochoa conoció que aquel establecimiento iba a desmoralizarle el pueblo, i tan solo le dijo que allí no utilizaria nada porque los indios no sabian tomar licor. El estanquillero le dijo que iba a hacer la prueba; i despues de misa abrió su tienda. Apenas la abrió, ya tuvo allí de visita al Dr. Ochoa que despues de haberle dado de almorzar en su casa i sin contradecirle le conversaba con mucho cariño. Los indios que veian allí a su cura no se atrevian a entrar a tomar aguardiente, i como así se pasó la mañana sin vender nada, el estanquillero se aburría i conviniendo con el cura en que allí no se podia hacer negocio, se fué. Otro, quizá con un zelo mal dirigido, habria querido remediar el mal de otra manera i no lo habria conseguido. Cuando el Dr. Ochoa murió, todo el pueblo de Suba vino derramando lágrimas en torno del cadáver hasta la iglesia de San Diego donde se le hicieron las exéquias costeadas por los indios. Hace ya algunos años que murió i todavia se derraman lágrimas por él, no obstante haber tenido un sucesor digno de todo aprecio. Cuarenta i cinco años fué cura de aquel pueblo; habia bautizado dos jeneraciones enteras, i su cadáver fué empapado con el llanto de sus feligreses. ¡Qué respetable es la vida, i envidiable la muerte del Párroco virtuoso!

Resignese, pues, todo el que abraza la carrera del apostolado, a dar de mano a las cosas del mundo, porque *el que milita para Dios no debe embarazarse con ellas*. I tenga muy presente aquellas palabras del Salvador: *Non mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei* (2).

VARIETADES.

El viático en Sevilla.

La Religión cristiana es para el hombre la mas tierna, la mas solícita, la mas indulgente de las madres. Aun no se han abierto nuestros ojos a la luz del dia, cuando en la fuente de la rejeneracion nos abre la Iglesia las puertas del paraíso; i en esa serie de tribulaciones que el mundo nos prepara «desde el primer sollozo de la cuna» segun la bellissima expresion del gran Rioja, a nuestro lado la encontramos alentándonos con la esperanza, fortificándonos con la oracion. Si débiles erramos el camino de la virtud, ella por la penitencia nos santifica; si criminales ofendimos a Dios i a los hombres, todavia por el arrepentimiento nos muestra el camino de la morada de los justos. Religión santa, religión sublime, religión verdaderamente divina es la que nos manda pagar con beneficios el mal recibido, la que nos ensalza humillados, i nos enseña a despreciar el poder i las riquezas. Pero sin acudir a sus milagros morales, ni salir de sus diarias prácticas, encontraremos que admirar i que agradecer en ella.

Cuando se acerca ese instante, de todos temido i para todos forzoso, en que el alma inmortal, preparándose a romper los terrenas lazos que al cuerpo la unen, se angustia i se estremece, sea porque tiemble el fallo de la divina justicia que la aguarda, sea porque mal su grado abandone objetos que le son caros en el mundo; cuando llega ese momento de decir adios por siempre a los afanes i a los placeres, al amor i al odio, al poder i a la esclavitud, a la miseria i a la riqueza, a los deudos i amigos, i al propio tiempo a los extraños i enemigos, entónces ¡qué seria del hombre abandonado a sí mismo! Tal vez entre los millares de jeneraciones que los siglos han visto parecer un instante sobre la superficie de la tierra, para unirse despues en los abismos del olvido, nos mostrará orgullosa la mundana filosofia al divino Sócrates o al estoico Séneca. ¡I qué nos probará el filósofo griego disertando tranquilamente en medio de sus discípulos, sin cuidarse de la muerte que ya en sus venas discurre! ¡Qué se inferirá de la firmeza con que el romano vió abrir las suyas de orden de su ingrato discípulo! Que dos almas bien templadas i sostenidas por el sentimiento de la virtud i por el orgullo de la ciencia, supieron arrostrar valerosamente una muerte inimitable! Pero la ciencia alcanza a pocos i la muerte a todos; racionan los menos i sienten los mas; por eso la filosofia es patrimonio de los sabios, i la Religión de la especie humana.

Para el tirano i para el esclavo tiene consuelos la nuestra en la hora suprema. Al uno le enseña a llorar el mal que hizo, i al otro a regocijarse de los que sufrió; al primero le muestra cuan pesado es el yugo, mientras que al segundo le alijera el yugo. A todos nos iguala con la tumba: ante ella no hai distinciones; hijos suyos somos los pequeños i los grandes; hasta sobre los ingratos i los reprobos lloran sus ojos; ni despues de muertos nos abandonan sus sufrajos, i siempre entre el rayo del Dios de las venganzas i nuestras culpables cabezas se interpone su piadoso escudo.

Si la mano del hombre, religión santa, no te hubiera mas de una vez desfigurado, cubriendo tus candidas ropas con el manto del orgullo i de la hipocresia; si a tus sencillos i divinos preceptos no agregaran la ignorancia, el interés i el fanatismo sus impías máximas; si a la palabra divina del que decia a los acusadores de la mujer adúltera: «El que entre vosotros esté sin pecado tire contra ella la piedra el primero», no se substituyeran diabólicos anatemas; ni tu brillo se eclipsara, ni la filosofia de los incrédulos triunfara un instante de tus eternas verdades. Mas, ¿a dónde nos llevan las reflexiones que el cuadro del viático nos sugiere! Pongámosles coto i hablemos de nuestro asunto.

Precedido de dos acólitos, de los cuales lleva el uno el misal i el otro la campanilla de costumbre, i acompañado de varios devotos con faroles encendidos, sale de una Iglesia de Sevilla un sacerdote llevando en las manos el copon con las santas formas, i en el rostro señales de profunda i sincera devoción. Por el número i traje de los acompañantes se deja ver que el viático va a ser administrado si no a un simple artesano, probablemente a un vecino de mediana fortuna i reducidas relaciones. Decimos esto, porque en España es costumbre solemnizar en lo

(1) Tim. II. (2) Luc. c. 9, v. 62.